

ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL «CULTURAS GLOBALIZADAS: DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»

**Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi
de Assis Pacheco (eds.)**



LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

*ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL
«CULTURAS GLOBALIZADAS:
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»*

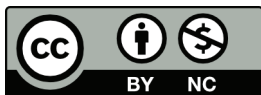
Pamplona
SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA
2017

Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39
PUBLICACIONES DIGITALES DEL GRISO

Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi de Assis Pacheco (eds.), *Actas del Congreso Internacional «Culturas globalizadas: del Siglo de Oro al siglo XXI»*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2017. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-558-1

LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

*ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL
«CULTURAS GLOBALIZADAS:
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»*

«LAS VÍRGENES TERRESTRES» DE ENRIQUETA OCHOA.
LA REBELIÓN DEL CUERPO

María de los Ángeles Silvina Manzano Añorve
Universidad Autónoma de Guerrero

Heredera de la tradición de la literatura española y latinoamericana, tamizadas por su cercanía al misticismo y a la intuición, o revelación poética, Enriqueta Ochoa se erige como una de las poetisas de la generación de medio siglo que se distingue por una gran intensidad lírica y una fuerza místico-erótica que la sitúan como una de las renovadoras de la poesía escrita por mujeres en México.

Cabe subrayar que Ochoa es una de las voces femeninas más representativas del misticismo en México y su obra tiene una gran influencia del Siglo de Oro y particularmente de los místicos españoles como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, y la de ese gran padre de nuestro castellano, Jorge Manrique, quienes en forma sencilla y bella escribieron sobre los grandes problemas humanos. *Los días delirantes*, uno de sus últimos libros de esta autora, está dedicado precisamente a algunos de sus grandes maestros como son también Rainer Maria Rilke, Oscar Wladislas de Lubicz Milosz, Saint-John Perse y, por supuesto, a su tutor Rafael del Río, entre otros.

El poema «Las vírgenes terrestres», escrito en 1952 y publicado en 1967, en la Revista *Parva*, número 44, julio-diciembre. Cuatro años después se reeditó como folleto acompañado de cuatro títulos nuevos: «Rabat», «El Ramadán», «La noche del destino» y «El Corán»; estos úl-

timos son representativos de su experiencia en África del Norte y del impacto que causó en la poeta el fundamentalismo del Islam¹.

En este poema de Enriqueta Ochoa, dedicado a Marianne su hija, la voz poética inicia el vuelo desde la raíz profunda del amor y el coraje. Acomodada en el verso libre, divide el poema en siete cantos y un introito. Es la voz desgarrada que oscila entre la carencia y la rebeldía. El poema pasa del ritmo grave a huecos y arritmias tonales. Su poesía, con un alto sentido confesional, reinventa la soledad para desgarrarse y autoflagelarse.

Parte de su soledad de mujer terrestre, de cuerpo flagelado. Su intento por evadir la culpa del pecado original la posee en casi toda su obra. Es una culpabilidad celebrada y efímera, mestiza y rural. Mística y seductora. Empaña su lírica con un desdén de virgen pueblerina; amante insatisfecha, rebelde, audaz y contagiada del deseo.

La virginidad constituye un tema escabroso para esta poeta católica educada en una familia patriarcal del norte de México. En los libros de Moisés, de las sagradas escrituras, la virginidad es la virtud más importante en la mujer. Es una tradición que por añeja no ha sido aún desechada; la virginidad sigue siendo un valor en las mujeres casamenteras. La castidad en la mujer es precisamente no conocer el placer carnal, no conocer varón. Las mujeres jóvenes y vírgenes son las cotizadas en el matrimonio para procrear y formar una familia pero nunca para gozar sexualmente.

La negación de la sexualidad es una de las características medulares de la religión católica; la pureza es una condición necesaria para acceder al estado religioso². Una de las condiciones para que la mujer se entregue a la divinidad es que debe ser pura y negar su propio erotismo. Aquella mujer que aspira a entregarse a la vida religiosa debe ser virgen, es decir, no haber accedido al pecado de la carne. La entrega de la mujer casta es para las cosas del señor mientras que la casada se entregará al hogar, al marido y a los hijos.

Uno de los mitos más importantes de la iglesia católica es precisamente el dogma de la castidad de la virgen María, madre de Jesús. Para la iglesia católica, la sexualidad es considerada negativa y solo es permitida con fines de procreación. Marcela Lagarde, en su libro *Los cautiverios de la mujer: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, hace un interesante aná-

¹ Guzmán, 1997, p. 56.

² Lagarde, 2001, p.483.

lisis sobre los diversos pasajes del *Antiguo Testamento* donde se expresa la concepción de la sexualidad como suciedad:

La valoración negativa de la mujer, intrínseca a la concepción cristiana del mundo y de la vida, queda expresada en el estigma inherente a su condición sexual: la menstruación es la marca, en el cuerpo de las mujeres, del rechazo social a que están sometidas, en su descalificación y de su sometimiento, es decir, de su opresión, justificada en la impureza de sus cuerpos sangrantes³.

De esta manera en nuestra cultura cristiana, el cuerpo y el erotismo de la mujer se encuentran enfrentados permanentemente. Enriqueta como mujer moderna pero que tiene que convivir con una educación tradicional y puritana donde las mujeres buenas tienen solamente el camino del matrimonio para acceder a su sexualidad y por otro lado pretender decidir por su cuerpo y sus deseos. De esta batalla, Enriqueta no sale bien librada, sin embargo, en este poema su rebeldía estalla como un grito.

ENVANO envejecerás doblado en los archivos:
no encontrarás mi nombre.
En vano medirás los surcos sementados
queriendo hallar mis propiedades.
No tengo posesiones.
En cambio,
es mío el sueño de los valles arrobados
y mío el subterráneo rumor de la semilla.
Si me extraviara a tientas en la oscuridad,
¿cómo podrían llamarme y entenderles?
Llámenme con el nombre
del único incoloro vestido que he llevado:
el de virgen terrestre (p. 229).

La voz poética vuelve a ser la tierra baldía de sus limitaciones oníricas y la cruel insatisfecha. Se sabe poseedora de una capacidad para el conjuro y la iniciación; trata de encontrar el núcleo de su misterio y se declara baldía, sin posesiones. Retoma el hilo del discurso poético, una semilla que ha de dotarla de renacimientos sucesivos. Y con la misma simplicidad con la que se reconoce y reafirma, se niega y autoflagela.

En casi toda su obra, la voz poética se enfrenta a la desconocida que es. Un intento por unir a dos paradojas vitales: el erotismo y la místi-

³ Lagarde, 2001, p. 176.

ca del cuerpo de légamo. Cuerpo que es a la vez lugar del encuentro, expiación y fracaso. Y que con su intuición poética apunta de manera certera en una sucesión de anáforas

Odio a la puerta en mí siempre llamada,
odio al *jardín de afanes desgajados*
entre el sol y la muerte (p. 229).

Y en el canto II la rebeldía estalla, es el grito de una mujer que antes había declarado su urgencia por un Dios y que ahora cuestiona el valor que guarda el cuerpo de la mujer y sus represiones dentro de la religión judeocristiana esencialmente patriarcal:

¡Mentira que somos frescas queiebras
cintilando en el agua!,
que un temblor de castidad serena
nos albea la frente;
que los luceros se exprimen en los ojos (p. 230).

Y más adelante continúa con su cuestionamiento:

Dicen que una debe
morderse todas las palabras
y caminar de puntas, con sigilo, cubriendo las rendijas,
acallando al instinto desatado,
y poblando de estrellas las pupilas para ahogar
el violento delirio del deseo.
Pero es que si el cuerpo
pide su eternidad limpio y derecho,
es un mordiente enojo andarle huyendo;
dejar su temblorosa mies ardiendo a solas
sin el olor oscuro de los pinos.
Siempre cerrada, ignorando cómo se desgaja
el surco dorado ante la siembra;
de tumbo en tumbo,
cerrados los sentidos
y alumbrándose a medias (p. 231).

El uso adecuado de paralelismos, hilados uno a uno como sastre delicado y pulcro, le imprime una fuerza destellante a esta estrofa en donde la voz poética se rebela ante la tradición patriarcal de sometimiento y represión a las mujeres. Y continúa apuntando sin descanso:

Viejas causas, cánones hostiles,
fervorosos principios maniatándome.
¿Sobre qué ejes giran que me doblan

a beberme la muerte en la conciencia?
Yo me miro y no soy sino una cripta en llamas (p. 231).

Es sorprendente cómo la poeta educada en una familia tradicional del norte del país cuyo centro y guía fue el propio patriarca Ochoa, se despunte rebelde ante la opresión de las mujeres y dominio de los hombres. En el mundo patriarcal el estado seguro de la mujer es el cautiverio, nos dice Marcela Lagarde, han perdido su libertad para decidir sobre sí mismas y su propia vida. La poeta lo intuye en otro paralelismo:

Pienso en las abastecidas, las satisfechas,
las del ancho mar;
las que reciben el regocijo vital de las corrientes
—cauces donde la vida vibra y eterniza.
Pienso en las abastecidas
y me irrita el despecho
de mi roja marea sofocada;
de no encontrar la presencia de Dios
por ningún ángulo (p. 232).

Y ante su condición de virgen terrestre con deseos insatisfechos, se lamenta y vuelca su pasión hacia Dios. Este es uno de los poemas donde la fuerza erótica de incontenible juventud se funde en la intensa búsqueda y amor a Dios.

Marcela Lagarde nos habla también de la religiosidad femenina frente al poder y nos explica que la relación de las mujeres con los hombres es religiosa, en el sentido de las necesidades religiosas como derivadas del desamparo infantil y de la nostalgia del padre que motiva. La necesidad religiosa de las mujeres como un camino del yo para ampararse del mundo exterior, en otras palabras se crea una necesidad afectiva en las mujeres para ser mantenidas como seres dependientes e infantiles, como seres para los otros, seres carentes que buscan afanosamente ser uno con el todo. Padre y madre simbolizan para la mujer la síntesis del poder patriarcal opresivo para el que está condicionada a acogerse a una servidumbre voluntaria.

En la estrofa VII la voz poética se eleva a maldición:

Dije que era un vaivén de ola sombría:
la ola de las vírgenes terrestres,
las que no recibimos más nombre
que el que nos dieron niñas en la pila;
y cuando Dios nos llame

no podrá encontrarnos.
Dirá: las inno­bradas (p. 233),

Y como aspirante a poseedora de su cuerpo y sus deseos, la voz poética se pone del lado de las pecadoras, de las que ansían la carne pese a todo, de la mujer transgresora que rompe el dominio ancestral de su género y su sexualidad. El tabú de su cuerpo en el catolicismo que se desquebraja ante el concepto de una matriz cultural cosmogónica.

Y finaliza con:

alzaremos los brazos con furia atropellada,
y todas en un grito hendiendo los contornos
serpentearemos secas, deshechas de agonía.
Pero inútil, inútil,
porque a la tierra estéril
no se le oyen los labios (pp. 233-234).

Las mujeres como tierras baldías, sin voz, inno­bradas, invisibles, son las mujeres en busca de su propio erotismo más allá de la procreación y el matrimonio. Las mujeres que se rebelan y exigen la satisfacción de su deseo, de sus fantasías, de su vida. Este poema de las vírgenes terrestres se erige como un monumento reivindicativo contra la opresión de la mujer. No es el rosario de lágrimas y lamentos de otros tiempos, es la voz fuerte y rebelde que decide autonombrarse y existir como mujer de su tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Guzmán, Raúl Mario, «Introducción», en *Bajo el oro pequeño de los trigos. Antología poética (1947-1996)*, México, El Aduanero, 1997 (Las Cuatrocientas Voces).
- Ochoa, Enriqueta, *Bajo el oro pequeño de los trigos. Antología poética (1947-1996)*, selección, ensayo y bibliografía de Mario Raúl Guzmán, presentación y prólogo de Samuel Gordon, México, El Aduanero, 1997 (Las Cuatrocientas Voces).
- Lagarde, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, primera reim­presión, México, UNAM, 2001 (Colección Postgrado).

